RÉQUIEM POR UN PAÍS

Escrito por Javier - Sábado, 22 octubre 2011

http://www.mundopalabras.es/2011/10/22/requiem-por-un-pais/

Lupus bostezó largamente mientras se desperezaba sobre el tálamo de su lujosa mansión. Se levantó de la cama, y arrastrando los pies entró en el baño. Vació su vejiga rociando la tapa del váter y el suelo, expelió una sonora ventosidad, se dio la vuelta, y entrando de nuevo en la alcoba palmeó el trasero de su mujer ordenándole a voces que se despatarrase. Cinco minutos más tarde, abrió el frigorífico y se comió con los dedos las albóndigas frías sobrantes de la cena, y una tostada con sobrasada. Lubricó el tránsito con un par de Heineken amorrándose a la lata, y eructó al tiempo que se propinaba con su puño unos suaves golpecitos en el pecho. Tomó un café y un par de copas de Armagnac. Regresó al dormitorio, y se arropó con un calzoncillo asegurándose de que la huella de frenazo le quedaba detrás. Con la halitosis de un dromedario, se enfundó en un traje sastre gris perla con chaleco, engarzó los puños de su camisa de seda azul con unos gemelos de oro, colocó el Rolex sobre su muñeca, y se calzó un par de Gucci de doscientos euros la pieza. Bautizó con gomina el escaso pelo peinado sin raya, y finalmente roció su palmito con Hugo Man. A continuación llamó con el móvil al chofer, agarró su cartera de piel repujada, y tomó el ascensor interior. Aprovechó el trayecto para modificar la ubicación de sus atributos, hincando la mano por el interior del calzoncillo. Antes de llegar a la planta baja, introdujo la falange del índice en una fosa nasal, y hurgó a conciencia hasta que al fin, la uña consiguió capturar un enorme moco seco. Auxiliado por el pulgar, modeló una pelotilla y la pegó bajo el pasamano del elevador. El eructo del zaguán, sonó como la ráfaga de un Kaláshnikov arrebatando de un zarpazo al guardaespaldas de los brazos de Morfeo. Al reconocer al señor, se irguió de un salto y le hizo una reverencia hasta colocar su espalda en un perfecto ángulo de cuarenta y cinco grados. Lupus, prosiguió su camino mudo y con la frente alta. Salió al exterior y se introdujo en el Audi que ya le esperaba aparcado junto a unos arriates.

- Buenos días señor.

Lupus miró hacia el infinito a través de los cristales tintados ignorando por completo al chofer. Súbitamente regresó a su asiento de piel y bramó:

- ¡Arranca ya, gilipollas!

El potente vehículo despegó sobre la gravilla insertándose poco después entre el espeso tráfico de Madrid. Transcurridos cinco minutos, un enorme colapso detuvo al coche, y el señor Lupus comenzó a ponerse nervioso.

- ¡Tu idiota, métete por el carril del bus!

El conductor obedeció hasta toparse con un autobús detenido, en el que un grupo de gente se arremolinaba intentando penetrar en él. El señor Lupus le ordenó subir a la acera y rebasarlo circulando entre los peatones.

- ¡Toca el claxon, imbécil!, Esa gentuza aun no sabe quien soy yo.

Así lo hizo el chofer, mientras le pedía perdón por su inoperancia.

A través de la ventanilla, reconoció a un amigo que se dirigía al mismo lugar, y sin que aquel pudiese oírle le gritó:

- ¡Te voy a machacar, lameculos de mierda, y después me calzaré a tu mujer!

A medida que se aproximaban a su destino, una misteriosa mutación iba produciéndose en el cuerpo del señor Lupus. El pelo hirsuto y gris, fue dando paso a otro crespo y níveo. Lentamente, la cabeza, la espalda, los brazos y las piernas del señor Lupus, fueron adquiriendo un aspecto ovino. Las manos y los pies se transformaron hasta convertirse en pezuñas, y un apéndice peludo le creció desde la rabadilla hasta casi rozar el suelo. Las orejas aumentaron como pequeñas hojas de lechuga hacia los lados, se cubrieron asimismo de lana, y la nariz se

transformó en un par de agujeros sobre su hocico. Los caninos se acortaron hasta quedar alineados con los demás. El tono de voz áspero e impertinente, se trocó en un sonido dulce y cariñoso. Incluso jovial.

Al llegar a su destino, un portero uniformado le abrió la puerta del coche, y Agnus le agradeció el gesto con una sonrisa luminosa; antes de bajar, se dirigió al chofer deseándole los buenos días, y los mejores augurios para él y su familia. Descendió del auto, y flanqueado por un ujier se encaminó a su escaño, gratificándole a la llegada con la más azul de sus sonrisas.

A las nueve en punto, el presidente, fijando en él su mirada desde su estrado le exhortó en voz alta:

- Señor Agnus, tiene usted la palabra.

Se dirigió con paso firme hacia la tribuna, saludó con una leve inclinación de cabeza a la presidencia, y girando sobre sus talones acomodó los folios sobre el ambón.

Las primeras palabras pronunciadas por el señor Agnus frente al atril, surgieron inspiradas por la fugaz visión de unos cuantos billetes de cien euros, que asomaban por el bolsillo interior de su chaqueta, junto a las notas preparadas para su discurso. Recorrió sin prisas con la mirada las hileras de escaños. Vistos desde allí, formaban entre todos ellos algo semejante a una inmenso lienzo blanco. Inspiró profundamente y comenzó a hablar:

- “Señor presidente, señoras y señores diputados...he visto brotes verdes...”